

LA
HIJA DEL REGENTE

I

De lo que pasaba tres noches después á cien leguas
del palacio real

Tres noches después de aquella en la que para sufrir tan larga serie de desengaños hemos visto al regente correr sucesivamente de París á Chelles, de Chelles á Meudón, y de Meudón al Arrabal de San Antonio, tenia lugar en las cercanias de Nantes una escena de la cual no nos es posible omitir los menores detalles sin perjudicar á la inteligencia de esta historia; por lo tanto, en virtud de nuestro privilegio de novelistas, nos trasladaremos en compañía de los lectores al sitio de los nuevos acontecimientos que vamos á referir.

En el camino de Clisson, á dos ó tres leguas de Nantes, próximo al convento célebre por la estan-

cia en él del insigne Abelardo, se veía una casa elevada y negra circuida de árboles fuertes como son la mayor parte de los que crecen en Bretaña : setos al lado del camino, setos al rededor del recinto, setos en fin por todas partes, espesos, impenetrables aun á la vista y cortados é interrumpidos solamente por una alta verja de madera coronada de una cruz, y que servía de puerta. Tal era el aspecto exterior que presentaba esta casa tan bien guardada; además la verja no daba entrada sino á un jardín á cuyo extremo se veía una tapia, en medio de la cual se divisaba una puertecita baja, pero maciza, que conducía al interior, aunque entonces estaba cerrada. Desde lejos aquel edificio solitario y triste parecía una prisión donde se ocultaban sombríos dolores; de cerca era un convento de religiosas Agustinas sujetas á una regla muy poco severa con respecto á las costumbres de la provincia, pero rígida comparándola con las de Versalles y París.

La casa era, pues, inaccesible por tres de sus fachadas; pero la cuarta, que miraba al camino, estaba apoyada en un ancho estanque que bañaba sus cimientos: á diez pies por cima de la superficie líquida y movable caían las ventanas del refectorio.

Este pequeño lago, así como lo restante del convento, parecía cuidadosamente vigilado. Rodeábanlo altas empalizadas, que desaparecían al otro lado del

estanque detrás de las elevadas cañas que sobresalían entre las anchas hojas de *nimphaea* flotantes á flor de agua, y en cuyos intervalos se abrían frescos y suaves cálices blancos y amarillos, semejantes á las lises en miniatura. Por la tarde bandadas de pájaros, principalmente de estorninos, abatían su vuelo sobre los cañaverales, dejando oír sus melodiosos trinos y alegres gorjeos hasta la desaparición del astro vivificador del día. Entonces, con las primeras sombras de la noche, se habría dicho que el silencio se extendía y penetraba de lo exterior á lo interior: formábase en el lago un ligero vapor parecido á la lejana humareda de las cabañas de una aldea, el cual iba subiendo como una blanca fantasma al través de la oscuridad: finalmente, tan sosegada calma era interrumpida de vez en cuando por el prolongado canto de la rana, el grito agudo del mochuelo, ó el chillido monótono del bahu.

Una sola verja de hierro se destacaba sobre el lago, y al propio tiempo daba paso franco á un pequeño río que le surtía de aguas, y que del lado opuesto salía por otra verja semejante, pero sólida, que jamás se abría. Además, era del todo imposible entrar por debajo de ninguna de estas verjas, siguiendo el curso del río ó remontándose contra la corriente, porque las barras entraban profundamente en su madre.

En el verano veíase balancear entre los cárdenos lirios, juncos y espadañas que crecían á las orillas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

del lago, una barquilla amarrada á la misma verja, toda tapizada de hierbas, ocultando esta verde cubierta el orin que la humedad del sitio habia producido en el hierro.

La barca pertenecia al jardinero, que se servía de ella con frecuencia para echar las redes ó el esparavel en los puntos más abundantes de peces, proporcionando entonces á las pobres reclusas el medio de distraerse algún tanto de su fastidio con el espectáculo de la pesca.

Pero también algunas veces en verano, aunque sólo en las noches más oscuras, la verja del río se abria misteriosamente: un hombre silencioso y embozado en una capa entraba en la barquilla, que parecia desamarrarse por sí sola, y deslizándose sin ruido, como impelida por un soplo invisible, iba á detenerse junto á las tapias del monasterio hasta colocarse debajo de una de las ventanas enrejadas del refectorio. Entonces se oía una seña que imitaba el canto de la rana, el grito del mochuelo ó el chillido del buho, y una joven se presentaba en aquella ventana de hierros, bastante desunidos para que pudiese pasar su rubia y hermosa cabeza, pero demasiado elevada para que el hombre de la capa hubiese podido jamás llegar á tocar la mano de la doncella, á pesar de los repetidos esfuerzos que para ello habia hecho.

Era, pues, indispensable contentarse con una conversacion sumamente tímida y tierna, y cuya

mitad arrebatava el murmullo del agua ó el sonido de la brisa. Después de trascurrída así una hora, comenzaban las despedidas, que duraban otra; luego, cuando los jóvenes quedaban convenidos en hablarse otra noche, y en una seña diferente, la barquilla se volvia por el mismo camino que habia traído, cerrábase la verja con igual silencio, y el hombre se alejaba, enviando á la reja un beso que la joven acogia con un suspiro.

Mas dejémonos ahora de hablar de lo que sucedia en el verano, y vamos á tomar el interrumpido hilo de nuestra relación. Antes hemos dicho que nos hallábamós en el mes de febrero del terrible invierno de 1719: los bellos y copudos árboles están cubiertos enteramente de escarcha; los cañaverales se ven abandonados por sus alegres huéspedes, que se han refugiado á más templados climas, y la casa negra parece más triste y sombría aun, envuelta en ese blanco manto que la cubre como un sudario desde sus techos brillantes con la escarcha, hasta sus vestibulos alfombrados de nieve. Á consecuencia de esto, la barca no podia atravesar el estanque por estar helada toda su superficie.

Sin embargo, á pesar de la oscuridad de la noche y del frío penetrante; á pesar de la completa ocultación de las estrellas, un caballero solo, sin lacayo, salia por la gran puerta de Nantes y se aventuraba á atravesar el campo, siguiendo, no el camino real

que de Nantes conduce á Clisson, sino uno de travesía que iba á terminar al mismo camino á unos cien pasos de los fosos. Apenas entró en él, dejó caer la brida sobre el cuello de su cabalgadura, excelente caballo de raza, que en vez de correr desalentado, como lo hubiera hecho otro menos diestro, se contentó con tomar un trote moderado que le dejaba sentar los cascos con seguridad y precaución en el camino, el cual parecía llano como una mesa de billar, pero que estaba sembrado de pedazos de roca ocultos traidoramente bajo la nieve. Todo fué bien por espacio de un cuarto de hora: la brisa, sin poder oponerse á la acelerada marcha del caballero, hacía ondular los pliegues de su capa; los árboles, como negros esqueletos, huían á derecha é izquierda cual fantasmas, mientras que la reverberación de la nieve, única luz que guiaba al osado caballero, iluminaba el camino lo puramente indispensable para que el caballo pudiese seguirlo; pero, en breve, no obstante las precauciones instintivas del animal, tropezó con una enorme piedra que casi le hizo caer. Este movimiento duró lo que un relámpago: en cuanto el caballo sintió la brida, se enderezó; pero el caballero, por profundas que fuesen sus reflexiones, no pudo menos de notar que su corcel cojeaba. Al principio no hizo caso de ello y continuó su camino; pero observando que la cojera iba cada vez más en aumento, se apeó creyendo que acaso se le habría introdu-

cido en el casco alguna piedrecilla. Examinó la mano, que le pareció no solamente desherrada sino sangrienta; y en efecto, tendió la vista sobre la nieve, y las manchas rojizas que la cubrían en aquel sitio no le dejaron duda de que estaba herido.

Este fatal accidente disgustó mucho al joven, y reflexionaba evidentemente el modo de remediarlo, cuando de pronto creyó oír el ruido de varios caballos; púsose á escuchar un momento para cerciorarse de que no se engañaba; después, convencido á no dudarlo de que muchos hombres á caballo se adelantaban por el mismo camino, y calculando que si aquellos hombres iban en su persecución no dejarían de alcanzarle, tomó al punto su partido; montó á caballo con prontitud, se retiró diez pasos del camino, se ocultó detrás de unos árboles derribados, colocó su espada desnuda debajo del brazo, sacó una pistola del arzón, y esperó.

En efecto, varios caballeros se acercaban á todo escape, y á pesar de las tinieblas, distinguíanse sus oscuras capas y el caballo blanco de uno de ellos. Eran cuatro y marchaban sin hablar; por su parte, el desconocido detenía la respiración, y el caballo, como si hubiese adivinado el peligro que corría su amo, permanecía inmóvil y silencioso como él. La cabalgata, no percibiendo el menor ruido, siguió su camino dejando atrás el montón de árboles caídos que escondían al jinete y su caballo. El joven se creía ya libre de aquellos importunos, cuando de

improvisó vió que se detenían. El que parecía jefe se apeó, sacó de debajo la capa una linterna sorda, y encendiéndola, iluminó aquella parte del camino. Como éste cesaba de presentar las huellas que habían seguido hasta allí, juzgaron que se habrían adelantado al objeto que buscaban; volvieron atrás, reconocieron el sitio en que el caballero y el caballo se habían desviado del camino, y entonces, el que llevaba la linterna, la dirigió hacia el grupo de árboles, entre los cuales fué fácil á los de la cuadrilla distinguir, sin embargo de su inmovilidad, á una persona y un caballo.

Al punto se dejó oír el ruido de las pistolas que se amartillaban.

— ¡Hola! señores, gritó entonces el caballero que se había ocultado: ¿quién sois? ¿qué queréis?

— Él es, murmuraron dos ó tres voces; no nos habíamos engañado.

Entonces el de la linterna continuó adelantándose hacia el desconocido.

— Si dais un paso mas, os mato; volvió á gritar el escondido caballero; decidme al momento quién sois, y lo que queréis.

— No mataréis á nadie, señor de Chanlay, respondió el de la linterna con voz tranquila; creedme, guardad vuestras pistolas.

— ¡Ah! ¿sois vos, marqués de Pontcalec? repuso aquel á quien habían dado el nombre de Chanlay.

— El mismo.

— ¿Y qué venis á hacer aquí?

— Vengo á pedir os algunas explicaciones acerca de vuestra conducta. Acercaos, pues, y tened la bondad de contestarme.

— ¡Marqués, me hacéis esa invitación de un modo singular! ¿no podriais, si deseáis que os conteste, hacerla en otros términos y darle otra forma?

— Acércate, Gastón, dijo otra voz; tenemos que hablarte de veras, querido.

— En hora buena, contestó Chanlay; conozco tu lenguaje, Montlouis; pero confieso que no estoy acostumbrado todavía á las maneras del señor de Pontcalec.

— Mis maneras son las de un bretón franco y severo, que nada tiene que ocultar á sus amigos, caballero, replicó el marqués, y que no se opone á que le interroguen del modo que él lo hace con los demás.

— Yo me uno á Montlouis, dijo otro, para rogar á Gastón que se explique amistosamente: me parece que nuestro principal interés está en no hacernos la guerra mutuamente.

— Gracias, de Couëdic, repuso el caballero; tambien soy de esa opinión. Por consiguiente, aquí estoy dispuesto á responder.

Después de estas palabras ya más conciliadoras, el joven guardó sus pistolas, volvió su acero á la